

Por eso, estará siempre viva donde existan personas que crean y den testimonio. Ésta es una razón más para mantener viva la esperanza, aun en tiempos aparentemente oscuros: «El cristianismo no morirá de vejez, porque lo que profesa es cuanto el hombre percibe como el sentido último y definitivo de su vida, más allá del cual no puede ir» (p. 167).

Juan Alonso

Bruno FORTE, *En el umbral de la Belleza. Por una estética teológica*, Edicep («Diakonia Fidei», 9), Valencia 2004, 171 pp., 15 x 20, ISBN 84-7050-792-3.

En este libro, el conocido teólogo italiano y miembro de la Comisión Teológica Internacional, recoge su propuesta para una estética teológica, en la que se unan tanto lo griego como lo cristiano, en la apreciación de esta dimensión tan presente e importante en nuestros días. «Aquí el alma griega se encuentra con la novedad cristiana. Aquí el cristianismo asume y traiciona a Atenas, porque —mientras aspira a reconocer el Todo en el fragmento— confiesa que el acontecimiento de la belleza se ha cumplido de una vez para siempre en el jardín, fuera de Jerusalén. Sobre la roca del Calvario está la cruz de la belleza: el Verbo se manifiesta en este mundo por medio de la *kénosis*» (p. 7). Belleza griega y belleza de Cristo se han de encontrar conciliadas en una estética cristiana, tal como propone el autor.

Para acometer esta indagación, Forte realiza en primer lugar un recorrido histórico: Agustín y Tomás de Aquino, Kierkegaard y Dostoievski, Balthasar y Endokimov. En Agustín, recuerda el principio platónico de la unión de la belleza con el amor, mientras que en el Aquinate quiere ver la belleza como «amor crucificado» (cfr. pp. 10 y 41).

Amor y belleza conciliados en Cristo con el dolor y la muerte. En Kierkegaard descubre de un modo netamente existencialista la belleza como angustia y desesperación, mientras Dostoievski ofrece la clave trágica y ambigua de la belleza: esta puede ser —por un lado— para el bien y para el mal, en función de nuestra libertad; además la belleza morirá en Cristo, pero también en él resucitará (cfr. pp. 59 y 68). En Balthasar, el profesor napolitano recuerda el mencionado principio de «el Todo en el fragmento» en su sentido más fuertemente cristológico, que se hace presente tanto en la encarnación como en la muerte y en la resurrección. Por último, Endokimov nos ofrece una teología del icono: este es una ventana abierta al misterio divino, en el que se unen Tabor y Calvario, belleza transfigurada y belleza crucificada (cfr. pp. 71, 83-84, 85 y 93-94). Por tanto, se ve que en todos estos autores se presenta una belleza cristiana, cuando no cristológica.

Acaba este volumen con unos sugerentes acercamientos desde la teología a la música, al cine, a la poesía y a la misma muerte. Sobre la música, recuerda su primacía en la evocación espiritual: «Quizá por eso la música sagrada, más que cualquier otra, suscita juntamente sentimientos de paz y nostalgia, de júbilo y melancolía; y quizá por eso permanece y permanecerá siempre como una lengua incompleta, un decir que transciende hacia lo no dicho, un sonido que tiende a evocar el Silencio» (p. 126). En el cine, por el contrario, aprecia Forte un intermediario entre narración y simbolismo, un vehículo que —por medio de la analogía— nos lleva hasta la misma transcendencia (cfr. pp. 135 y 140). En fin, cuando habla de la muerte y la belleza, concluye con las siguientes palabras: «La última Belleza no será tan sólo la muerte, sino la resurrección de la

belleza penúltima. (...) La belleza que pasa es un umbral que se abre hacia los horizontes de la Belleza que no pasa. El Todo se ofrece en el fragmento, el fragmento se ofrece en el Todo a través de *la puerta de la Belleza...*» (p. 164-167). Las profundas sugerencias del presente están garantizadas en este libro, a la vez que nos ofrece interesantes acercamientos al problema desde distintas perspectivas.

Pablo Blanco

Jaime FUENTES, *Todo por medio de María. La confianza de Juan Pablo II en la Santísima Virgen*, Librería Editorial Arquidiocesana, Montevideo 2004, 243 pp.

El libro es el reflejo de un trabajo elaborado pacientemente a lo largo del extenso pontificado de Juan Pablo II; ahora con su tránsito a la Patria celestial adquiere un relieve especial. Se puede decir que este libro abarca todo el pontificado del papa y, por ello, nos muestra muy bien su doctrina mariológica y en especial el tema de la mediación materna de María. El A. ha ido recogiendo pacientemente de todos los textos papales más importantes —encíclicas, exhortaciones y cartas apostólicas, homilias, etc.— la doctrina mariana vertida en ellos y ha procurado hilvanar en un cuerpo doctrinal su riqueza mediacionista.

Dos partes de desigual extensión componen el libro. La primera (pp. 13-67) recoge el magisterio papal del primer decenio (1978-1987). Es decir, desde la inauguración de su pontificado hasta la promulgación de la encíclica *Redemptoris Mater*. En este periodo, según el A., la doctrina de la mediación materna «se presenta... como medular en el pensamiento de Juan Pablo II y nunca como referencia secundaria». Estoy totalmente de acuerdo con el A. al

afirmar que uno de los grandes logros de la doctrina papal ha sido recuperar, si no el contenido porque siempre la Iglesia ha afirmado la participación singular de María en la obra de la salvación, sí al menos el vocablo «mediación», que había sido puesto en sordina en el capítulo VIII de la *Lumen gentium*. Aceptando toda la riqueza mariana conciliar el papa ha avanzado en su desarrollo teológico y de una manera clarividente ha conseguido lograr una síntesis con la maternidad espiritual mariana al acuñar una nueva expresión: «la Mediación materna» que constituye «la parte central» de la encíclica mariana.

La segunda parte (pp. 71-199) abarca el resto del magisterio pontificio. Es decir del año 1988 al 2004. Consta de siete capítulos. En ellos el A. va desgranando la doctrina mariana comenzando por «La Madre de Dios y la dignidad de la mujer» (pp. 71-86). Nos muestra a María como paradigma del sexo femenino y glosa los textos marianos de la carta apostólica *Mulieris dignitatem* (1988), de la encíclica *Evangelium vite* (1995) y la *Carta a las mujeres* (1955) con motivo del año mundial sobre la Mujer. El siguiente capítulo, «¿Por qué cayó el comunismo?» (pp. 87-104) trae a colación la mediación de María —en especial la consagración del mundo al corazón inmaculado de María en Fátima (1982) y en Roma (1984)— en los cambios acaecidos en los países del oriente europeo al final de la década de los 80. Continúa el libro con el capítulo, «*De Maria numquam satis*» (pp. 105-120). El A. nos muestra la trayectoria mariana de Juan Pablo II, que está vinculada especialmente al santuario de *Kalwaria Zebrzydowska* próximo a Cracovia y a Wadowice y al de *Jasna Gora* en Czestochowa. Se detiene en las 70 audiencias papales de los miércoles en las que desarrolló la doctrina ma-